Ya ha sonado «la hora de Jane Fonda». Se dice que la joven estrella americana es la única que puede sustituir a la inolvidable Marilyn. De hecho, Jane Fonda ha sido contratada por Roger Vadim —el creador de Brigitte Bardot— para rodar un film en Francia. Y Vadim sí ha encerrado a la actriz en B. B.
OCAS veces se habrá tenido la dichosa oportunidad de saludar el nacimiento, desarrollo y culminación de una verdadera estrella. Pocos veces, porque realmente las auténticas estrellas no se prodigan. En estas páginas nos hemos referido a varias ocasiones a Jane Fonda. Hemos hablado de su creciente cotización y de su definitiva insulación en la órbita del estrellato. Jane no es el tipo de actriz de la que quisa decir que tiene «posibilidades»; pese a su juventud y al escaso número de películas interpretadas, Jane Fonda es ya la estrella número uno del cine americano, la única mujer capaz de sustituir a la inmortal Marily.

La Moorise conoció un ciclo que durante años había alimentado la misteria y la grandezza de Hollywood: el «estas-sistem». Jane Fonda pertenece a otra etapa histórica: es un producto típico de la «nueva frontera». Su validez como niña y su supervivencia como primera estrella hay que buscarlas aquí, hay que entenderlas a partir de este supuesto. Aceptamos que Jane Fonda es una excelente actriz, una comediante muy espaciada, pero tal argumento no sería suficiente para sustentar su auténtica admiración hacia ella, para alinearlo junto a estrellas de la categoría de Marily o B. B. Actrices de calicidad hay un buen puñado en Hollywood: Shirley MacLaine, Lee Remick, Natalie Wood, Angie Dickinson. Pueden participar en cualquier reparto sin la garantía de que sus interpretaciones potenciasen la película; pueden, incluso, hasta llegar a causar un cierto impacto en el arco erótico —caso Angie Dickinson—. Es más, si su perspicacia publicitaria corte pareja con su talento dramático, pueden conseguir una situación muy estable como estrellas... Pero la cuestión de las primerizas figuras, de los «fuera de serie», es muy distinta y no tiene casi nada que ver con estas consideraciones.

Y Jane Fonda pertenece a ese privilegiado apartado. ¿Cómo es posible que una muchacha que ha interpretado una decena escasa de películas, que hace poco en considerada únicamente como la «es» de Henry Fonda, haya podido materializar el puesto de «estar», que se habla de ella como la sucesora de Marily?

Como todo ser místico —y hay que aceptar que nuestra estrella pertenece ya a la mitología contemporánea— Jane encarna y sublima una poderosa aspiración colectiva, inocentemente manifiesta. En el terreno de las equivalencias, representa en los Estados Unidos exactamente lo mismo que B. B. en Europa, aunque Jane suponga un tipo más evolucionado. Beulé Bardot fue un producto de la «guerra frías»; Jane Fonda ha nacido al impulso de la «nueva frontera». Su personalidad se establece sobre la base de su individualismo exagerado. Jane Fonda se ha librado de toda clase de prejuicios y en su comportamiento destuye automáticamente cualquier tabú. Se ha dicho que B. B. significaba, cuando surgió, la actitud de cierta juventud europea, amoral y sin principios; exactamente era todo lo contrario: significaba un asco de la juventud que buscaba, a través de un comportamiento contradi-ctorio e incierto —pasó que se desenvolvía en un mundo y una sociedad igualmente contradictorias e inciertas—, un somn de conducta, una moral
Jane Fonda con Jean-Claude Brialy, su oponente masculino en «La ronde». Jane declaró un día que se sentía incapacitada para rodar escenas pasionales con actores que no le atrajeran físicamente... Ahora, Roger Vadim, especialista en temas llamados escabrosos; se dispone a incorporarla a su particular mitología lésbica...

que sustituyese a la que les había sido impuesta, que se revelaba íntima, falsa e inexacta. Diganos, pues, que el «tipo» Jane Fonda es más sofisticado que el «tipo» B. B., en cuanto su personalidad se ha moldeado en un entorno híbrido, si no más estable, sí más seguro.

Una visión asía de vivir, una desbordante vitalidad: y, naturalmente, un comportamiento agresivo e hiperbólico no sólo en una sociedad que parece dispuesta a obsecular el desarrollo normal de esa ansia vital. De ahí el carácter revulsivo que en la estructura social americana pudo tener el «caso» Marilyn y, al mismo tiempo, su desbordante impacto popular. Jane se encuentra en la misma línea. Para ella no puede haber nada que se oponga a sus deseos; en cuanto la realización de esos sueños alcanza la normalidad perseguida, a plenitud de esa feerz ansia de vivir. A través de sus películas, por encima de argumentos, guiones, direcciones y exigencias de producción, Jane expresará esta desbordante y tumultuosa vitalidad. Aquí se manifiesta con absoluta claridad el carácter mítico de una estrella como Jane Fonda: en su capacidad para albergar la propia película e imponerse ella sola hasta convertirse en el único centro de interés posible. Exactamente igual que ocurre con un film de B. B., Marilyn, Marlene...

Sus películas, al menos las que hemos visto hasta ahora en España, no tiene demasiada calidad: «Me casaré contigo», «La gata negra» y «Rejuche matrimonial», pero han bastado para cualificarla y para que el público sitúa el poderoso impacto de su presencia. En realidad, no puede decirse que en sus tres películas haya tenido suerte con sus galanes: Tony Perkins, Lawrence Harvey, Jim Hutton y Tony Franciosa. Por una curiosa coincidencia, en los tres filmes, sus oponentes masculinos han sido individuos pobres de éxito, tristes, pasivos, que contrastan desolados, y un poco autosabios, la desventura y la libertad de actuación de Jane. Con una secreta e incomprendida envidia aceptaban el amor que espontáneamente le brindaba ella. Siempre entre Jane y sus galanes ha habido este desequilibrio, este... Sigue
Vadim con sus criaturas: con Brigitte Bardot, durante el rodaje de «El repaso del guerrero»; con Annette Stroyberg, mientras filmaban «Las liasonss dangeureses»; con vítrés*, y con Jane Fonda, en uno de los episodios de «La rosa». Vadim ha perseguido desde que creara a B. B., un determinado tipo femenino, aunque nunca haya
contraste violento entre la tumultuosa realidad de la muchacha y la gríslica cuerdas del galán. Recuérdese la extraordinaria escena de la lucha sobre el remolque en «Me casé contigo», por ejemplo, o la escena final de «Rejuste matrimonial».

A lo largo de todas sus películas, Jane se ha conservado una y la misma. Sin dejar de servir a su personaje y actuando con enorme valentía bajo la indicación del realizador, Jane no ha tranchado nunca su mimo, alimentándolo y encantándolo continuamente.

Después de varias películas en los Estados Unidos fue llamada a Europa para trabajar junto a Alain Delon en «Ni sueño ni sueño», a las órdenes de René Clement, el espeluznante creador de «Juegos prohibidos» y «A pleno sol». Nada más leer el guión, Jane hizo una declaración sorprendente: «¿Qué listina: las dos escenas más impactantes con Delon no las hago yo...» Había conseguido lo que casi todas las atractivas de Hollywood desean: hacer cine en Europa. Pero Jane no vino para una sola película. A continuación, Roger Vadim la llamó para protagonizar uno de los atrechos de «La ronca». La preguntaron si no le asustaba un poco la fama de conquistador y sobre todo de realizar películas escabrosas: «En absoluto; yo soy una actriz, ¡sabía que iba a trabajar en una película y nada más! Lo que no sabe es que Vadim ha realizado, por fin, el sueño que perjudica desde que creó a Brigitte Bardot. Ni Annette Stroyberg ni Catherine Deneuve, pese a sus esfuerzos, lograron aminarlo el «tipo» E. B. Y, por supuesto, no pasaron nunca de una discreta competencia. Pero con Jane es otra cosa. Al margen de su poderosa personalidad, es evidente que su estilo, su desenvoltura y su «mimo» tienen algo que ver con la irresistible E. B. Por ello Vadim mima a su estrella con tanto cuidado y por eso, también, es muy posible que Jane Fonda se convierta muy pronto en madame Vadim. Los rumores se han empezado a circular. Vadim ha roto su compromiso matrimonial con Catherine Deneuve y se ha ido a vivir al hotel Jorge V. En el plató y fuera del trabajo, el hecho es que el director y su estrella no se separan nunca.

Y de nuevo, Jane Fonda ha impresionado con un galán que no la convierte. Jean-Claude Brialy, su oponente en «La ronca», participó de ese grado de pasividad y debilidad que poseían Tony Perkins, Luquerce Harvey o Jim Hutton. La historia del film no puede ser, además, más explícita: un hombre joven que siente un violento deseo hacia una mujer casada y, cuando por fin consigue un encuentro con ella, se halla incapaz para seducirla. De Brialy, Jane puede decir lo que comentó a propósito de Luquerce Harvey durante el rodaje de «La gata negra»: «Considero que una actriz no puede interpretar bien escenas apasionadas con un actor que no le atrae físicamente...